

MARIANO PICÓN SALAS

PEQUEÑO TRATADO DE LA TRADICION HISTORIA DESDE EL PRESENTE

Con mucho énfasis se habla en los últimos años de actualizar la Historia de Venezuela, buscar en el frecuente caos que fue nuestro proceso social las coordinadas directivas, salvar para el presente lo que aún tiene vigencia del pretérito, y descubrir hegelianamente la “idea” que marque nuestra posición y destino en el mundo. El pueblo venezolano sabe que a pesar de sus largos períodos de adversidad, siempre fue inteligente; que su Historia en un impulso de hacer desmesurado dentro de la dimensión americana, rebasó con los grandes jefes de la Independencia las fronteras patrias y fue a ganar sus últimas batallas y a escribir las constituciones de los recién nacidos países, en las distantes tierras peruanas y bolivarianas. Que éramos gentes para no estar quietas, bastante revolvedoras y con un feroz impulso igualitario de romper el sistema de castas y rígidos estamentos de la Colonia, se dice de los venezolanos en todos los documentos de la Historiografía española de la época desde las cartas de Morillo hasta las elegantes páginas neoclásicas del Conde Toreno. Y este último inquiría, al escribir su hermoso libro, si había algo peculiar tonificante en el clima de Caracas que moviera los ánimos insurgentes con imprevisible decisión, porque la pequeña Capitanía había producido a la metrópoli española más derroche de sangre y recursos bélicos que Virreinos más prósperos.

La palabra “tradicición” está resonando con patética instancia en un momento curioso de la Historia nacional cuando Venezuela experimenta mayores cambios materiales, e inmigrantes que ya empiezan a contarse por centenas de miles se esparcen por el país y alternativamente lo siembran y lo despojan, fundan sus hogares nuevos en llanos y serranías, en calurosos valles y frescas altiplanicies y producen singulares metamorfosis en hábitos alimenticios, formas de producción y aun estilos sociabilidad. La Venezuela que ya aflora a la superficie histórica será sólo la suma tradicional de los criollos descendientes de españoles, indios, los africanos y todas las gamas mestizas surgidas de la primera fusión, sino también ofrecerá el nuevo aporte considerable de italianos y portugueses, centro-europeos, germanos y eslavos. Siguiendo a Argentina y Brasil es el país latinoamericano que ha recibido hasta hoy mayor suma de inmigrantes; y el tiempo ha de decir si emulará con aquellas naciones del Sur en cuanto a la fuerza y dinámica de esta población nueva. Si a ello se agrega la gran revolución sanitaria que desde 1936 venció las endemias más conocidas de las zonas tropicales y repobló regiones casi abandonadas, y las nuevas oportunidades educativas y tecnológicas que ofrece la ascendente riqueza nacional, podemos decir que estamos presenciando las vísperas de una nación que será significativamente grande y abastecida entre las de Suramérica. El crecimiento de ciudades como Caracas, Maracaibo, Barquisimeto, Puerto La Cruz, Maracay, etc., cuyas cifras humanas se triplicaron en la última década, es indicio palpable de que la rueda del azar o de la fortuna nos ofrece, por lo menos, un destino material más promisorio que el de aquella estancada vida que padecieron nuestros padres y abuelos. El auge venezolano desde 1936 sólo así puede compararse en escala continental al que vivió Argentina de 1880 a 1910, el sur del Brasil después de 1889 y los Estados Unidos después de la guerra de secesión. La

Historia estaría resuelta, y nos pondríamos a esperar que se desenvuelva y nos regale como un fruto maduro, si se avanzara siempre en línea recta y cada progreso conseguido aparejara simultáneamente una opulenta copia de felicidad y de bienes. Pero también la prosperidad plantea una especial problemática, y ni aun la Utopía o la organización más perfecta logran abolir la parte de contratiempo y desventura de toda tarea humana. ¡Cuánto se debilitó el gran impulso de libertad y veracidad con que nacieron los Estados Unidos, en aquellos días en que el centro vital de la nación no fue la Cultura sino los negocios de los grandes “trusts”, y el personaje arquetípico ya no se llamaba Emerson o Walt Whitman sino místico Babbitt!

Lo que contrasta profundamente el pensamiento histórico de nuestro siglo del positivista siglo XIX, es que ya no podemos creer en el progreso de los pueblos por espontánea evolución como la que habrían vivido en sus anales milenarios las especies zoológicas, o por un cambio en las formas de producción como el de aquella bienaventurada sociedad industrial, meta feliz de la Historia, según Spencer. Pensamos que aun los más perfectos instrumentos y técnicas no sirven si no están orientados por el espíritu del hombre, y si éste no fija su trayectoria terrestre lo que con palabra un poco pedante debemos llamar “teleología”. El hombre adelantándose o interviniendo, en una palabra, en la llamada evolución. El nivel cultural medio de los venezolanos y su cuadro de apetencias espirituales es hoy mucho más alto que lo que era en 1935, al final de la dictadura de Gómez, porque un grupo de venezolanos, entre los que también quiero incluirme, nos pusimos a hacer el balance desgarrado de nuestro atraso, y a donde nos llevó el oficio o la fortuna introdujimos una necesaria idea de reforma. No esperamos la lenta evolución natural, tan grata a los sociólogos positivistas. Pensábamos que el país era ya suficientemente despierto para que constituyera filosofía política alguna el elemental ruralismo de Juan Vicente Gómez; sus torpes palabras de gran compadre. El país debía abrirse, y se abrió a todas las anchas y fecundas corrientes de la vida moderna. Debíamos ocuparnos de la Cultura y el destino del hombre con mayor interés que el que había dedicado la prensa oficialista a los potreros y rebaños del gran mayoral. Con refranes de Pedro Rimalles o con los viejos cuentos de Tío Tigre y Tío Conejo no era ya posible abordar las urgencias del país. Requeríamos intelectuales y técnicos que lo fueran auténticamente y que actuaran sobre la vida nacional sin “tabús” e inhibiciones. Que ahora se estudie con mayor ahínco en las Universidades venezolanas; que liceos y escuelas sean incomparablemente mejores de lo que eran hace veinte años; que se haya formado sobre el país una literatura crítica en oposición al conformismo que prevaleciera tan prolongadamente, es el resultado de ese impulso de la conciencia nacional a partir de 1936. Así, rectificando el naturalismo histórico del siglo XIX decimos que si toda Historia está sometida a contingencias naturales que pueden ser propicias o adversas, es la voluntad, la inteligencia y el trabajo humano, la posibilidad del espíritu de crear o expresarse, la que hizo de la pequeña Hélade un hogar históricamente más significativo que la pesada Persia de Jerges o Darío, o que la vida de una ciudad como Florencia represente mucho más en la conciencia humana que la de grandes imperios desaparecidos. Es conveniente decirlo y repetirlo, aun a trueque de que parezca obvio, ya que la creencia de muchos venezolanos en los días actuales es que el petróleo y el hierro y la abundancia de nuestros recursos, nos aseguran inalterable prima de felicidad y que podemos dejarnos llevar por la Historia como por las aguas plácidas y adormecedoras de un inmenso río lento. Esto marca quizás la dura y casi antipática emergencia de los intelectuales en sociedades que quieren vivir al día y no

alterarse por nada, como el rubicundo y estúpidamente saludable Mr. Babbitt pintado por Sinclair Lewis.

Pero simultáneamente el cambio del país y hasta el ineludible impacto y la sorpresa que han producido las corrientes inmigratorias llegadas en los últimos años, impulsan a las conciencias más desveladas a inquirir por un signo determinante de la “venezolanidad” que acaso los una frente al extranjero, o impulse a éste a respetar una tradición venezolana, como requisito para arraigar y fundar en la tierra. Problema sumamente complejo cuando se le mira desde el ángulo contemporáneo, porque hay siempre el peligro de que el legítimo sentimiento nacional degenera en xenofobia, o en nombre del tradicionalismo disfracemos tan sólo un soterrado complejo de inferioridad. La convivencia de los hombres en nuestro país requiere, así, en este momento, un como doble impulso cordial y asimilativo del venezolano al recién venido, y de éste a nuestras formas históricas. Ni la vana soberbia por la tradición autóctona, sin someterla a ningún análisis, ni la otra vanidad de muchos nuevos pobladores de que sus estilos de vida son los civilizados y ejemplares, han de servirnos para esta etapa tan apasionadamente movida que emerge en la Historia nacional. Frecuentemente se olvida que el espíritu de un país no se forma por el simple y mecánico traslado de ideas o de técnicas, sino es como una gran experiencia colectiva padecida y modificada por largas generaciones. Ya la conquista de América en el siglo XVI indianizaba o mestizaba —antes de que acabaran de cruzarse las sangres— al español peninsular cuyos hábitos alimenticios, formas de producción y aun estilos arquitectónicos, sufrían la influencia modeladora de la tierra. Hay un legado ancestral, una forma de contacto del hombre con el ambiente que no puede violentar impunemente ninguna tecnología. Y el inmigrante que hoy llega y forma su familia en los llanos o en los Andes, tendrá que aprender del paisaje y las gentes entre quienes se fije, una nueva enseñanza terrígena que no le dio ninguna escuela europea. La mejor venezolanización (ya que pronto habrá centenares de miles de ciudadanos de nuestro país que no nacieron en él) será la que armonice adecuadamente como síntesis y no como discordia o simple superposición, este juego de influencias recíprocas.

Pero al exaltar frente a venezolanos e inmigrantes el valor o ejemplo de una tradición venezolana, el mensaje y destino que nuestro pueblo se asigne en el pasado y el futuro de América, debemos preguntarnos de qué especie de tradición se habla, pues todo pasado por el hecho de haber existido no es en sí mismo venerable y aun hay tiempo pretéritos de cuya memoria quisiéramos librarnos como de un mal sueño. Contra esa frase banal dicha hace ya ciento treinta y tantos años por Hegel —y los grandes filósofos también pueden decir frases banales— de que el mundo americano está aún fuera de la Historia, creo que sí tenemos un pasado que si no se cuenta por tantos milenios como el de la “ecumene” clásica, actúa como estímulo, drama o impulso en todas nuestras vivencias. Si América careciese de “historicidad”, la Alemania de Hegel tampoco la tendría en relación con pueblos más viejos como los del mundo mediterráneo. Pero también la “historicidad” europea sigue desenvolviéndose en América.

Lo que quizás olvidaron aquellos filósofos tan metropolitanamente dispuestos a sermonear o dirigir a América es que por el solo hecho de traslación al Nuevo Mundo de una serie de formas occidentales, la Historia adquirió otro “tempo”, otra velocidad que la de Europa. Y en muchos fenómenos específicos como la ruptura de los viejos estamentos de clases, la convivencia de razas y religiones, América llegó a más temprana e igualitaria solución que la de los países europeos. Aun la más atrasada nación suramericana liberalizaba en el siglo XIX su Derecho Público y sus instituciones civiles antes que España y otros estados eslavos y balcánicos. Muchos cambios tecnológicos, reformas obreras y

democratización de las costumbres se operaron primero en América que en numerosos y prejuiciados países del viejo mundo. Por otra parte —y como curiosa paradoja de nuestra vida histórica— América siente más próximas sus gestas, su mundo mítico de héroes y tempestuosas luchas por formar las nacionalidades, que lo que un europeo de hoy puede sentir a Carlomagno, El Cid, Bayardo o Juana de Arco. Bolívar, San Martín, Sucre, Páez, el Cura Hidalgo, Benito Juárez o Martí son ya personajes de epopeya, más inmediato a las vivencias del hombre hispanoamericano que lo que están del hombre francés los héroes de “La Chanson de Rolland”. Tal vez lo que incomoda a algunos personajes ultramarinos al juzgar nuestra Historia, es que los momentos de mayor historicidad americana coinciden — como en las guerras de Independencia— con una situación de lucha y antítesis frente al viejo estilo de dominio europeo. Enmendando a Hegel, y para entrar justamente en la Historia Universal, con ideas de Europa metamorfoseadas por nuestra conciencia colectiva, intentábamos librarnos del coloniaje y descubrir el camino de nuestra peculiaridad y autonomía. Los jefes de la gesta emancipadora eran los fundadores de nuestras naciones, de un modo semejante a como lo fueron en la Historia europea Carlomagno o Hugo Capeto, San Esteban o San Wenceslao.

CONCEPTO DE LA TRADICION

Junto a la Historia pública y visible ¿qué cosa es esa tradición, esa suma de recuerdos, hábitos y experiencias comunes que peculiarizan el espíritu de un país como la vida de sus próceres, las ideas de sus pensadores, las formas jurídicas del Estado? Aunque tan viejo como Homero, que ya decía en el momento auroral de la cultura griega que “los dioses disponen de los destinos humanos y deciden la caída de los hombres a fin de que las generaciones puedan componer cantos”, el valor histórico de la tradición se acentúa con la Historiografía romántica. O los románticos oponen a la imagen de un mundo matemático, regido y compuesto por esos grandes “relojeros” que eran los príncipes y reyes del Iluminismo, guiado por las leyes intemporales de la razón, la de otro en continuo proceso que abre campo a los factores irracionales, a la obra oculta del pueblo, a los latidos del subconsciente histórico. A la nueva Historia que se va a formar desde la Revolución, clases y grupos sociales que hasta ese momento no habían contado en el quehacer político, envían sus “*cahiers de doléances*” como las aldeas y parroquias francesas al tumultuoso cenáculo de la Asamblea Nacional. Frente a la antigua visión jerárquica de la sociedad, tal como pudo realizarse en el reglamentista Estado de Luis XIV, se levanta ahora una visión dinámica que parece homologar el proceso social al transformismo biológico. Y ya no sólo la obra “razonable” de príncipes y legisladores, las leyes de una razón clara y universalmente válida es lo que importa a los historiadores, sino hundirse y remontarse en la tormentosa fluencia del tiempo. Ya no es sólo Historia la batalla famosa, al tratado público, el cuerpo de leyes, la voluntad compulsiva del Soberano, sino también la obra anónima de las generaciones, el cuento o el canto popular o como en aquel gran poema a Francia que es la Historia de Michelet, la huella del hombre en la naturaleza, la vida de los caminos y los ríos, los mitos del pueblo. Con un impulso lírico y titánico equivalente al de Víctor Hugo en la Poesía o un Geoffroy de Saint-Hilaire en las Ciencias Naturales, Michelet quería resucitar todos los cambiantes, y al mismo tiempo persistentes, rostros de la nación francesa, y revivir mágicamente (como en la linterna mágica) tal o cual momento de Francia durante las Cruzadas o la Guerra de Cien Años. Menos reflexión histórica que conjuro o entrega emocional al pasado. Por su boca iba a hablar todo un extraño y variado

linaje de muertos. Parecían seguirle y acosarle todas las voces de Francia como a Juana de Arco. Pretendía remontar esa Historia como el curso del Ródano, hasta su primer hilillo alpino. No necesita como Walter Scott escribir la novela histórica, porque su Historia consigue mejor movimiento, drama, colorido y tipología personal. Bajo la Historia escrita, documentada y visible alienta, como capas geológicas, como subsuelo madreporico, este encantador misterio de la tradición. Histórico no es sólo lo que tuvo existencia objetiva, físicamente demostrable, sino también lo que se creyó o se fabuló. El mito y la creencia pasan a tener parecido valor histórico que el hecho mismo. Mientras que un siglo antes el cauteloso Voltaire hubiera separado de su relato lo que no le parecía concepto claro y distinto, Michelet puede entretenerse aun en la explicación histórica de la conseja y escribir un tan extraño libro como *“La Sorcière”*. Para su tantálica sed de historiador, para su inflamado humanismo radical, todo lo vivido y padecido por la especie humana debiera ser Historia. El historiador es para él —según su propia metáfora— “un administrador de los bienes de los muertos” como lo era el poeta Camoens entre los primeros colonos portugueses en la India; y la tradición de un país tan pulido por el tiempo y la cultura como su hermosa Francia es el recuerdo de familia, y la ciudad común que comparten los vivos y lo difuntos. Frente a la Historia para políticos e historiadores —al estilo de Monsieur Guizot— él quiere abrir y ofrecer la suya como un monumento público. Con la mística romántica de la nación, la Historia era como “una biblia de la humanidad y del pueblo”, la depositaria de los sueños y nostalgias colectivas y todos deberían tener derecho a transitar sus caminos y hundirse en sus añosas arboledas, como los excursionistas domingueros por los jardines y museos de París. Con la Historia, los románticos habían hecho lo que los demócratas y revolucionarios con los viejos sitios reales: abrirlos a la curiosidad del público.

Y con el instinto poético que colorea toda su obra, en Michelet —más que en cualquiera otro historiador— encontramos casi una teoría de la tradición. Este “administrador de bienes de muertos” dice enfáticamente que conduce el pasado “como podría llevar las cenizas de mi hijo”. Y anota en su libro *“Le Peuple”* una tan curiosa ley como la de que “en nacionalidad como en geología, el calor está abajo” y que son el campesino y el artesano, las clases aparentemente más estáticas y a quienes conjuraba el radicalismo y el socialismo romántico, quienes conservan mejor el sentido de la tradición, advirtiendo que ésta se debilita y es menos puro el sentimiento nacional cuando la complejidad de los intereses económicos, el egoísmo y el miedo, desprenden al hombre de esa calurosa y secular relación con su tierra. Habla de los distintos “suelos sociales” en que las altas clases de la sociedad viven ya sin contacto con la “vieja vegetación moral de la nación” y supeditan el espontáneo amor de la patria por el amor de las cifras. Por contraste, y como en el cuadro de su contemporáneo Millet, pinta al campesino de Francia desposado milenariamente con la tierra francesa. “Los pobres aman la Francia por ser su obligación, los ricos la aman como su pertenencia”, decía un poco jacobinamente el gran historiador romántico.

Pero además de instinto subconsciente y asidero emocional de todos los pueblos, la tradición tiene también un valor dialéctico no sólo en cuanto trae a la conciencia del presente experiencias del pasado y fija continuidad histórica de un grupo humano, sino replantea para el futuro problemas que fueron desviados o no encontraron adecuada solución al destino tradicional de un país la Historia —como los afluentes de un gran río— aporta nuevos mensajes y hace hegelianamente la síntesis de lo que parecía contradictorio y distinto. A la idea de “Cristianismo” que configura la nación francesa durante tantos siglos,

Francia agrega en los albores del mundo contemporáneo la idea de “Revolución”. Y el gran historiador romántico se complacía en inquirir si esta nueva idea completaba, cambiaba o daba otra dimensión al Cristianismo inicial. La tradición —y etimológicamente la palabra lo expresa— vincula al pasado con el presente y el futuro; abre lo que en la metáfora más simple podríamos llamar la “cuenta corriente” de un pueblo. Es obvio y apriorístico decir que de los antecedentes del pasado depende en gran parte la Historia venidera, pero no es sólo lo “natural”, sino “lo creado” o histórico” lo que determina finalmente el proceso nacional.

Como enmienda al “positivismo histórico” que prevaleció en los estudios de nuestro pasado hasta días muy recientes, los venezolanos podemos preguntarnos (y esto no hallaría razón dentro de una simple explicación naturalística) por qué nuestra guerra de Independencia emprendida en una de las colonias más abandonadas del Imperio español, amplió su órbita hasta distantes países andinos como el Perú, y bajo conductores venezolanos alcanzó suma resonancia internacional. Otras soluciones hubieran sido posibles como que la empresa de Bolívar se volcara hacia el más inmediato mar antillano, hasta Cuba y Puerto Rico, o que los líderes de la Independencia en vez de subir los páramos en la marcha solar hacia el Cuzco, hubieran descendido en diásporas inversas hasta los llanos de Venezuela. Sobre el factor natural y la tradición madreporica, ocurren en toda Historia estos hechos casi milagrosos que la historiografía norteamericana llama de “emergencia”. Y aun aplicando a lo histórico el desusado método de las Ciencias naturales, podrían compararse estos hechos a los fenómenos de la llamada “evolución emergente” en Biología, al modo como la explican biólogos como Jennings y Lloyd Morgan. Como metáfora podríamos aceptar en Historia esta tesis de la evolución emergente, formulada así por Jennings: “En el curso de la evolución han surgido cosas nuevas, de una clase distinta de todas las conocidas anteriormente; cosas que no era posible predecir partiendo de un conocimiento de las partículas preexistentes, de sus combinaciones y movimientos”. (H.S. Jennings, *Bases biológicas de la naturaleza humana*).

Acercados ya al complejo histórico y lingüístico que suscita la palabra “tradición”, intentaremos la respuesta de por qué el hombre venezolano comienza a invocarla tanto.

TRADICION COMO NOSTALGIA Y COMO VALOR HISTORICO

Hay en nuestro actual conjuro a la tradición un poco de nostalgia como si un medio tan cambiante como el de Venezuela, nos dolieran los viejos usos y costumbres que sepultamos cada día. O vemos en el hábito u objeto sustituido, su valor añorante y no las imperfecciones que debió tener. Duelen, por ejemplo, los árboles, arcadas y patios de los extintos caserones coloniales y se olvida la incomodidad de sus cuartos de baño o el trabajo de esclavos que debía cumplir la antigua servidumbre para mantenerlos limpios. El venezolano de hace tres o cuatro décadas no tenía —a menos que fuese excesivamente conservador— por qué lamentarse del eclipse de muchos módulos tradicionales, ya que el país, entonces tan atrasado, era sólo tradición estática. Y ésta a veces se confundía con la más roñosa rutina. ¿No fue un largo permanecer trágico e inmutable un período como el de la dictadura de Gómez? Al final de aquel régimen lo que quería el país era insistir menos en

la tradición que en el violento cambio. O lo que las gentes viejas o enmohecidas de no pensar, de haber olvidado el necesario proceso dialéctico de la sociedad, nos servían como “tradición” o “realidad venezolana” era un conjunto de fórmulas que habían perdido ya toda vigeocia histórica. No había que escribir elegías a la tradición auténtica porque ésta seguía reinando en vestidos, alimentos, cantares y consejas del pueblo venezolano y en el agua que destilaban los últimos tinajeros. En nuevos objetos y artesanías que con otros medios técnicos empieza a producir el venezolano de hoy, más adecuados a las nuevas necesidades que emergieron, pondrán nuestros descendientes de mañana tanta emoción como la que nosotros proyectamos en las obras de hace un siglo. Estas cosas en un día lejano serán también folklore. El tiempo renueva sus pátinas. Y las manifestaciones folklóricas de un país que recibe una gran corriente inmigratoria no podrán ser las mismas que las que prevalecieron hasta ahora, aunque mucho del subconsciente colectivo y de la peculiaridad tradicional habrá de transmitirse a los nuevos pobladores.

Pero hay otra tradición que nos interesa más que aquella que sólo suscita la contemplación elegíaca o el llanto poético de las cosas que se destruyen, y es la que por su vivo contenido histórico puede siempre repensarse y es idea o dirección del pueblo, venezolano. La tradición dinámica en continuo proceso crítico o interpretativo frente a la tradición estática. Y aquí cabe preguntarse qué es lo que hacen las generaciones con la Historia. Si el pasado marcara desde el momento en que aconteció su única inteligibilidad posible, compararíamos apenas la obra del historiador con la del notario que fija en un documento el acta de un nacimiento o los linderos y precios de una propiedad. El pasado estaría archivado para siempre como los papeles de venta, compra y sucesión en el registro público. (Hay todavía muchas gentes que escriben la Historia con el estilo e inmovilidad de un acta notarial). Pero es otra posibilidad de actualización y metamorfosis lo que marca la vigencia de lo histórico, que sin ello sería mero entretenimiento de coleccionista o de maniático curioso de las cosas viejas.

En Venezuela, por razones obvias para cualquier contemplador sociológico, hemos insistido menos en esa tradición dinámica. Y aun en Literatura siempre nos amenaza un continuo canto a la casa de adobes que se demolió, a la decadencia de las tinajas, del frailuno sillón de suela o del “cacho” y el estribo del jinete llanero. La nostalgia emocional que suscitan esas cosas puede calmarse con la visita a un museo folklórico o un distante mercado aldeano. Y la Historia debe servirnos más que para la reminiscencia o la jactancia, para la comprensión veraz de nuestra problemática humana. Muy significativo es —desde este punto de vista— la manera como los venezolanos veneramos el mayor de nuestros nombres históricos que es el de Bolívar.

Es natural que lo que puede llamarse el gran mito de Venezuela, las mayores ejecutorias ancestrales y nuestro supremo arquetipo lo asociemos a su personalidad eléctricamente creadora. Bolívar es síntesis y conciencia altiva de Venezuela porque en él se tomó pensamiento y acción el deseo de Historia del hombre colonial, la larga fusión mestiza de donde surgió nuestro pueblo, la esperanza de una América Hispana libre y unificada que tuviera poder bastante para constituirse autónomamente. Bolívar ganó batallas; midió, padeció y expresó todas las realidades del continente en un inmenso periplo que va desde las Antillas hasta el Perú; convivió con blancos, indios y negros; sojuzgó jefes altivos psicológicamente tan distintos como pudieron ser el llanero Páez y el “cholo” Santa Cruz, y configuró con su palabra una problemática social y política hispanoamericana que en él no fue sólo utopía de ideólogo sino captación iluminadora de los hechos. Tenía en su irradiante personalidad descarnado realismo para juzgar el presente y altísima poesía para

vaticinar el futuro. Todavía muchos escritos suyos constituyen puntos de partida y definiciones previas de una naciente Sociología americana. Vivió y fue el intérprete de una gran crisis, de una hora tormentosa de la Historia Universal cuando se liquidaba un vasto imperio y emergían revoluciones, nacionalidades y formas políticas y económicas enteramente nuevas, y llegó con su genio hasta los más desgarrados estratos de la realidad. No sólo las batallas ganadas ni la diáspora inmensa de gentes que precipitó por América en su cruzada de Independencia, marcan la historicidad de Bolívar, sino hasta la multitud de cosas no hechas, pero intuidas o planeadas por su genio profético.

Pero el legítimo culto de su nombre —voz con que los venezolanos invocamos lo universal— frecuentemente se congeló entre nosotros en vanagloria estática. Se usó y abusó de Bolívar haciéndole descender hasta el nivel de nuestras querellas, facciones y vanidades locales. Tomando su nombre en vano, caudillos de nuestras guerras civiles quisieron legitimar aventuras o rapiñas fratricidas o políticos conservadores y convencionales, aferrados a una palabra suya e imponiéndola como texto inmutable, hubieran detenido el necesario cambio social. Todavía —con la debida excusa a historiadores venezolanos de tanto renombre como Blanco Fombona y Parra Pérez— no se ha hecho un estudio cumplido de las ideas de Bolívar, quien como hombre de acción y no solitario de gabinete, debió varias veces modificar su pensamiento al descarnado contacto con las realidades que desencadenaba la revolución americana. Para penetrar sus ideas no basta decir que había leído muy bien a Locke, a Rousseau, a Montesquieu, que conocía los clásicos de Francia y había meditado mucho más de lo que se cree los cronistas e historiadores de Indias; que se adelanta en la valorización del mito y los factores irracionales en la Historia a muchos conceptos de la Historiografía romántica, porque lo verdaderamente significativo es cómo esas ideas son configuradas de nuevo por la fuerza plasmadora de su personalidad y la propia dialéctica de los hechos. Ya en el juvenil “Manifiesto de Cartagena” sacaba la revolución venezolana de su primitivo “impasse” ideológico, del culto de las palabras abstractas, para definir el fenómeno peculiar. Y esta especificidad, contra las dos corrientes históricas beligerantes que ya se perfilaban entonces: la de una falsa autoctonía indigenista y la de un tradicionalismo hispanizante, se define también en la “Carta de Jamaica” y en el Mensaje de Angostura cuando llama a Hispanoamérica “un pequeño género humano” y explica por qué nuestro pueblo no puede compararse al europeo o el americano del Norte.

Pero en la Historia de Venezuela habría que liberar a nuestro Libertador de tantos usos y abusos proliferantes como los que impuso a su gran nombre la vanagloria y la jactancia, el mal gusto literario o el oportunismo político. En general puede decirse (aunque ello lastime nuestra vanidad vernácula) que Bolívar aún carece de una Historia interpretativa a la altura de su nombre, como la tiene César o quizás Napoleón. Si desde O’Leary hasta Lecuna se ha completado ejemplarmente la Historia documental y cronológica, necesitamos ahora integrar todos esos documentos al proceso dinámico de su vida y sus ideas, a la problemática americana que en ellos se expresó. Y es que para lograr la visión adecuada de Bolívar el historiador tiene que ser tan culto como para conocer al detalle la política europea en sus intrigas metropolitanas y coloniales, el escenario de América en dimensión de hombres y Geografía tan vasta como la que media entre el mar Caribe y los altiplanos de Bolivia; las fuerzas y estructuras que se desencadenan con la guerra de Independencia, y la compleja metamorfosis que sufren las ideas de la Ilustración y el Romanticismo al pasar la doble prueba de la América insurgente y su titánica personalidad. A la simple Literatura panegírica, permanente y a veces farisaico incienso

que ofrecimos a nuestros próceres, hay que oponerle ya una Dialéctica que siga recorriendo los tiempos y nos ayude en la necesaria discusión crítica de nuestra realidad. La Historia no es sólo la suma jactanciosa de lo realizado, sino la continua agonía con que cada generación se asoma a entender su destino.

Soportar la Historia con sus ejemplos estimulantes y su adversidad aleccionadora es la prueba de madurez de los pueblos; trocar el patriotismo de frenesí y pasión explosiva en comprensión y deber ético es el signo de plenitud de las culturas. Y la Historia no es más hermosa o más fea de como la invoca nuestro instinto, porque ella forja el balance de las complejas circunstancias de un pueblo en determinada hora de su acontecer. Porque ella comporta simultáneamente la virtud y la ruindad, el realismo rastrero y la Utopía desinteresada de los hombres que poblaron aquel momento. En ella como en las películas de gran “suspenso”, hay héroes y villanos. Pero la deformación romántica y nacionalista pretendería que los ángeles de ese Paraíso perdido fuesen siempre nuestros amigos, compatriotas y copartidarios y los demonios quienes actuaron en la frontera opuesta. Así para cualquier capítulo de la Historia nacional como el de la guerra de Independencia, no nos hemos atrevido a enfrentarnos con el análisis total de las fuentes o nos disgustaría conocer los documentos de la parte contraria, como si ella fuera a disminuir un ápice de nuestra gloria. Y nada más inútil que el narcisismo y la gazmoñería histórica. Quien sólo se ve a sí mismo, ni siquiera puede verse porque nuestra individualidad se define frente a los otros, frente a la circunstancia social que nos señaló como valientes o pusilánimes, como cultos o zafios, como serenos o turbulentos. Así el valor de la tradición histórica no radica en la liturgia o el elogio convencional que le prodiguemos, sino en el espíritu libre y ecuánime, en la tranquila justicia y comprensión ante la obra que nos dejaron los muertos. Hasta la imperfección y adversidad que también nos ofrezca el pasado, constituye un estímulo para que cada generación rectifique, amplíe o enmiende el trabajo de los predecesores. Nada daña más la fecundidad y experiencia que puede darnos la Historia que su conservación hierática, el congelamiento en frases y juicios hechos; el cubrirla de intocable nimbo. La inerte santificación no la acerca sino la aleja, como quien contempla una momia en un hipogeo egipcio. El cuerpo petrificado y las bandas y manteletas que lo cubren, no nos permiten llegar hasta lo que fue la materia sangrante de su corazón.

¡Y de cuántas figuras pintadas de modo convencional o momificadas por el abuso retórico está poblado el hipogeo venezolano! La fórmula acuñada precipitadamente en un discurso y repetida por historiadores y rapsodas perezosos, oculta más que desentraña el carácter de un personaje. Recuerdo que cuando escribía la biografía de Miranda viví la sorpresa de descubrir algunas almas venezolanas, un poco diferentes a como las acuñara cierta rutina historiográfica. Un caso singular era, por ejemplo, el del Licenciado Sanz, quien se me aparecía con rasgos mucho más vitales, complejos y tormentosos que el del pacífico y sereno letrado de que nos hablaban los compendios, y un poco olvidado como el mármol que le conmemora en el Palacio de Justicia. ¿Cómo era posible que semejante político, de tan firme raíz revolucionaria tan informado sobre el mundo histórico de su tiempo, tan diestro y audaz consejero de Miranda, no hubiera sido custodiado con el detenimiento que merece? De segundón civil de la Independencia, adornado por la retórica de virtudes plausibles pero un poco pacatas, Sanz se me elevaba desmesuradamente a la condición de político de mayor genio y voluntad más audaz que conocieron los días iniciales de la República, antes de que emergiese la personalidad de Bolívar. Y pienso que como en el caso de Sanz, un viaje sin prejuicios, con métodos exhaustivos de análisis e

interpretación, nos devolvería otros rostros de nuestros grandes hombres, distintos de los que se enfriaron en la repetición mecánica de nuestros libros de enseñanza.

La conquista de esa tradición dinámica es lo que nos hace falta; conciencia de continuidad histórica más que simple nostalgia ante las cosas que desaparecieron; actitud crítica, combativa y viril ante el pasado en cuanto él ya contribuye a configurar lo presente y lo venidero. Traer a los debates y la sensibilidad de hoy el legado de semejantes hombres; fijar las coordenadas espirituales de nuestra nación. Aquellos personajes no eran siempre semidioses, amaron y padecieron en esta tierra y estaban hechos de la misma sangre y los instintos de los venezolanos de ahora. Si la moda de la época les impuso usar alternativamente pelucas, levitas o sombreros de copa, ante muchas contingencias de la vida nacional hubieran reaccionado como nosotros, aunque emplearan distinta sintaxis y distinta fraseología. Ellos nos acompañan o preceden en la expedición agónica de un pueblo por forjar su destino. Muchos se frustraron, y como los israelitas en el desierto, no alcanzaron a ver en su peregrinación entre piedras y arenales, los primeros verdes de la tierra esperada. Pero la investigación de la verdad, la justicia y la belleza —ya lo decía Lessing— importa más al futuro humano que el triunfo efímero de los violentos y furiosos. Algunos fracasados heroicos de la Historia venezolana —Miguel José Sanz, José María Vargas, Juan Manuel Cajigal, Rafael Rangel— nos dan una lección ética equiparable a la de los mayores triunfadores.

Ojalá que con talento, veracidad y agudeza, los venezolanos logren convertir siempre en Historia lo que a veces sólo intuimos como brumosa Mitología. Ojalá que el culto de la tradición que ahora se invoca no degenera en inútil y verboso ditirambo, en resentida xenofobia, en localismo aislador o en cuento de descendientes cansados que se satisfacen en recordar las proezas de los abuelos. Ojalá —en las vísperas de un país que ahora crece en dimensión velocísima— la inteligencia nacional, el trabajo del escritor, del historiador, del intérprete que todavía cuenta socialmente menos que el del mercader afortunado, revele en nuestra tradición lo que todavía tiene vigencia y ejemplar contenido humano, lo que merece sentirse en presente y ayudarnos en la marcha hacia el futuro.

Mariano Picón Salas, *Obras selectas*, 2 ed., Madrid-Caracas, Edime, 1962, pp. 950-965.

<http://gregoryzambrano.wordpress.com/mariano-picon-salas-vida-y-obra/>